

cutores su crueldad... Entre ellas, una llamaba la atención por su dulzura y paciencia... los otros se abandonaban á su desesperación, y parece cierto, que los chinos que comprendían algo el inglés, decían malignamente á los verdugos, que los prisioneros les

echaban maldiciones. Uno de estos pobres europeos gritaba tan reciamente, que un chino le clavó su puñal para hacerle callar. De esta suerte muchos de estos infelices fueron trasladados á Yuen-min-Yuen y arrojados en uno de los patios del pabellon, en que



Mendigo ciego del Consulado.

había habitado el príncipe Tsai, sin alimento, sin que se acordasen de ellos. Mas tarde separaron á los que sobrevivían... Los unos fueron enviados al Norte, los otros al Sur... y desde entonces el público no se ha ocupado mas de ellos.»

No habiéndose estendido los insultos á los cadáveres, han creído ver en esto algunas personas una prueba del respeto que los chinos tienen á los muer-

tos, aun ejecutados. Pero la causa probable sería, según el autor que hemos citado, el miedo.

«Nada se sabe, dice, de las circunstancias que acompañaron al fin de la mayor parte de aquellos, de que solo se nos entregaron los restos mortales. Se ignora si escaparon, por el delirio, á sus grandes sufrimientos; si oyeron el cañon de los aliados; qué fuerzas sacaron de su religion ó de su carácter. Su

miserable fin oscurece aun el esplendor de esta gloriosa campaña. Nuestras costumbres repugnan hasta la relación de estos crímenes propios de otra edad. Por generosidad de alma ó por falta de conocimientos, se imagina que el mundo está modelado por lo que sucede en las pueblos circunvecinos. Uno juzga por sí mismo; y así, aun en un país búdhico, pensamos que se encuentran la moderación y dulce templanza, que tantos encuentros de hombres y de ideas han

asegurado á los combatientes en los campos de Alemania y de Italia. El atentado contra los parlamentarios aliados habría escitado un horror mas profundo todavía, si se hubiera podido saber que la crueldad asiática se había superado á sí misma. La impasibilidad de los verdugos y de las víctimas, es un rasgo común en este país; y no existiendo en la China la piedad que depende de los nervios, se deshace allí al hombre como á una máquina, pero no se encarnizan



Palacio cedido á los misioneros franceses en Tien-Tsin.

contra él. Los tormentos que sufrieron los infortunados prisioneros de Tchang-kia y Tun-Theu son excepciones de la escala *metódica* de los suplicios. La impasibilidad china se desmintió cuando los ejércitos tártaros se retiraron derrotados sobre Yuen-min-yuen y pudieron presumir los que rodeaban al emperador Hien-Fung, que la capital iba á ser cercada y que las avenidas de sus palacios eran accesibles: la confusión, el furor ciego que agitó á la corte de Pekin, se tradujo en actos de crueldad que espantaron á los mismos chinos.»

El puente de Pa-li-kiao escitaba todos estos recuerdos á los viajeros en sus estatuas y balaustradas rotas

por la metralla. La cabeza de uno de los leones de mármol, arrebatada por un proyectil, yacía en el zócalo; ramas de árboles desgajadas y secas pendían sobre el agua; las casas, en fin de la ribera, derruidas y devoradas por el fuego, no habían sido aun reedificadas.

Este puente, que es una obra de arte interesante, mide 150 metros de longitud por unos 30 de latitud: grandes arcos muy cimbrados abrazan la anchura del canal y otros mas pequeños unen el puente al camino, elevado sobre el nivel del terreno.

Las balaustradas de mármol están cinceladas con arte; los leones son de un carácter extraño: es escul-

tura chinesca. El conjunto está en armonía con el paisaje, y la construcción debe ser de una solidez á toda prueba.

Las márgenes del canal, rodeadas de grandes cañares, están plantadas de árboles de todas clases, entre los cuales asoman los puntiagudos techos de las casitas habitadas por pescadores y marineros. Algunos edificios grandes se hacen notar á la derecha.

La gran calzada que pasa sobre el puente de Pali-kiao conduce directamente á Pekin, que no dista mas de 8 kilómetros; pero como al ministro de Francia le importaba mucho no atravesar por la primera vez esta ciudad inmensa en toda su extensión de Norte á Sur, resolvió acertadamente hacer su entrada por la puerta mas próxima á la nueva residencia de la legación.

Por consiguiente, hizo tomar á la izquierda un camino transversal que rodeaba la ciudad. Los carruajes avanzaban tan lentamente por el camino arenoso y lleno de profundísimos carriles, que fue preciso dejarlos atrás.

Entre tanto el tiempo pasaba y solo al caer de la tarde pudieron ver los europeos entre la bruma las radiantes cúpulas de las numerosas pagodas y la fantástica é inmensa agrupación de la ciudad imperial, que el sol doraba con los melancólicos rayos de su ocaso.

Ya se llegaba á los arrabales que rebasan los extremos de la gran ciudad china: densas nubes de polvo se elevaban de los pies de los caballos de la escolta y de los curiosos que se agolpaban á lo largo del camino.

Por fin á las siete de la tarde se llegó á ver de cerca á Pekin. A medida que los viajeros se acercaban, el aspecto de aquellas grandes murallas, alzándose como un inmenso biombo en una prolongada y sombría línea, uniforme, igual, que se destacaba en el ya pálido cielo, tenía algo de misterioso y solemne, anunciando al recogido espíritu la capital del mas antiguo y grande imperio del mundo.

A las inmediaciones del portillo del Este, Tung-Pien-Men, por el cual se debía entrar, la escolta formó militarmente á vanguardia y retaguardia del grupo de la legación.

Los clarines precedidos de dos gendarmes abrían la marcha tocando alternativamente: era menester hacer cualquier ruido europeo para probar á los chinos, que se entraba libremente y sin someterse á su ceremonial.

Habiéndose anunciado la llegada del ministro con muchos días de anticipación, una turba de millares de almas se habia agolpado en las cercanías de la puerta y en las calles por donde debía pasar el cortejo. Aquí la autoridad de los mandarines reaparecía en la mas espresiva forma, en la persona de los es-

birros armados de zurriagos de caza, que no dejaban de manejar á menudo para apartar á los curiosos.

Cuando se hubo pasado la puerta del Este se penetró por una gran vía que separa la ciudad tártara de la ciudad china: por la parte de la primera se extienden altas murallas; la segunda está circuida por un profundo canal.

Así se desfiló al paso mas ligero de los conductores de las literas, ó casi al trote de los caballos, hasta la puerta de Ha-Sing-Men, que da acceso á la ciudad tártara, y desde allí por una gran calle, recta y regular, á Tsing-Kong-Fu, ó palacio de los príncipes de Tsin, cedido á la legación francesa.

Eran las siete y media: habia oscurecido del todo, y el viento Norte soplabá con un frío glacial. Así pues, fue sobremanera agradable á los viajeros, hallar despues de tan fatigosa jornada, grandes chimeneas á la europea encendidas en los aposentos que para ordinaria habitación se les habian preparado.

IV.

EL PALACIO DE LA LEGACION EN PEKIN.

Descripción del palacio.—La Gran Puerta.—La bandera francesa en Pekin.—El patio de honor.—Aposentos particulares.—Cuarteles de la gendarmería.—La capilla.—El kiosko de las sentencias.—Yamun del primer secretario.—El cerrado de los antílopes.—Arboles y flores del parque.—Las legaciones de Inglaterra y Rusia.

El Tsin-Kong-Fu, palacio de la legación francesa, es una antigua posesión imperial que proviene de la familia Tsing. Está situada en la ciudad tártara entre dos grandes calles, *Tai-ti-tchang*, ó camino de la derecha, y *Tun-thian-mi-thian*, ó gran vía delante del palacio. Como estaba inhabitada hacia veinte y cinco años, el capitán Bouvier nos precedió cinco ó seis semanas antes para hacer las reparaciones necesarias, que llevó á cabo de un modo satisfactorio secundado por inteligentes operarios chinos. La entrada del palacio es monumental: una espaciosa gradería de piedra aparece desde luego, rodeada de cantones ó pilares enlazados entre sí por cadenas de bronce: á cada lado y sobre enormes pedestales, dos estatuas de leones de tamaño mayor que el natural, indicando el *Fu* ó residencia de los príncipes; y en el centro de esta escalera, cuya gradería está dividida en dos, hay una escarpa de suave pendiente para poder con facilidad subirse á las sillas de mano.

Despues de muchas dificultades se ha podido obtener del gobierno chino la oportuna autorización para enarbolar la bandera tricolor por cima del vestíbulo y poner en el frontis una franja en que, con caracteres dorados, se anuncie la residencia de la legación: es la proclamación ó testimonio oficial de la

presencia de la diplomacia francesa en el seno mismo de la capital del imperio.

El pabellón, especie de vestíbulo que solo sirve para despedir á los palanquines de las sillas de mano, ha sido horadado por disposición de Mr. Bouvier, con grandes ventanas á la europea, defendidas por caprichosas rejas formadas con flechas doradas: á los lados están los alojamientos de los conserjes de la *Gran Puerta*.

El pórtico que conduce del vestíbulo al patio de honor, es sin duda ninguna una obra maestra de ornamentación: su color rojo, con láminas de oro; el tejado, de porcelanas; y las jambas pintadas al fresco con delicados matices combinados hábilmente. El patio de honor enteramente pavimentado de mármol, está circuido de edificios: el de en frente, que arranca de una gradería magnífica y contiene las salas de recepción, compuestas de dos espaciosos salones, de una gran antesala y de un *verandah* con columnatas de rojo y oro y aleros de barnizadas tejas, decora bellamente la entrada; el edificio de la derecha y el de la izquierda, del mismo estilo, pero no tan rico, sirven de alojamiento á los alumnos de la interpretación y al canciller; los dos pequeños cuerpos que forman las alas de esta gran construcción están destinados, el uno para el secretario intérprete, y el otro para comedor de los referidos alumnos, que tienen el placentero goce del jardín contiguo.

Este primer patio, cuyos ornamentos y colores son análogos en sus cuatro fachadas, tiene el nombre de *Patio Rojo*; el segundo, en que están situados los aposentos del ministro y su familia, se denomina no menos justamente el *Patio Verde*. Las tejas barnizadas, las pinturas de los balaustres y columnas, todo es del mas bello esmeralda con filetes de oro. Por una entrada del mismo estilo, pero menos grandiosa que la primera, véase al *Patio Verde*, plantado de arbustos y césped. La residencia particular del ministro ocupa los edificios de en frente: un vestíbulo que guarnece á la chinesca cuatro grandes jardineras llenas de flores, exornadas de preciosas labores, y cuyos cielo raso y piso están cubiertos de tabloncillos ensamblados, maravillosamente tallados; conduce á los salones, á los dormitorios, al comedor y al gabinete, adornados á la europea: las dos alas de este edificio están destinadas para cocinas, repostería, baños y habitaciones de las camareras. Los cuerpos de la izquierda forman el aposento particular y las oficinas del ministro, y los de la derecha están reservados para las visitas.

Fácilmente ha de concebirse por esta descripción, que la forma cuadrilátera estrictamente adoptada, la poca elevación de los edificios, la perfecta distribución de los aposentos y la regularidad de los vestíbulos, comunicándose unos con otros, hacen de las casas

chinescas las habitaciones mas cómodas y agradables: verdad es que ocupan un terreno considerable atendiendo á la gente que pueden alojar.

Detrás de los aposentos particulares hay un gran edificio separado por un jardín poblado de bosquecillos de lilas, camelias y otras plantas y grupos de gigantescos y frondosos árboles; cubierta toda su fachada por un *verandah*. Allí habitan los criados destinados especialmente al servicio de la casa del ministro; es decir, el mayordomo, el panadero, el lamparista, el sastre y lavandero chino con todos sus utensilios; despues la lencería y el almacén de las provisiones, como vino, conservas alimenticias y especiería traída de Shang-Hai. En China es menester un criado especial para cada servicio, y el palacio de la legación aloja un ejército de ellos.

A la derecha del jardín de las lilas hay una puerta que da á una avenida dependiente del Tsin-Kong-Fu y comprendida en sus muros. A un lado está la habitación de los gendarmes; á otro las caballerizas; en el número 16 el aposento del médico; el número 17 es una capilla construida por Mr. Bouvier, pero que aun quedó sin consagrar á la partida de Mad. de Bourbonloulon; el 18 un kiosko elevado sobre un pedestal de ladrillo con escalera de piedra: en derredor de la cornisa hay un rollo de pergaminos, admirablemente imitados por el artista, que se ha complacido en inscribir en ellos con letras de oro las máximas mas epigramáticas de la filosofía china, como ésta: *El hombre es un niño nacido á la media noche; cuando se salir el sol, cree que no ha existido nunca*; lo que satiriza sabiamente la incredulidad dogmática, resultado de la inesperienza. O como esta otra: *La lengua de las mujeres se alarga con todo lo que quitan á sus pies*; lo que prueba que el mismo proverbio sobre la locuacidad de las mujeres reina en todos los países del mundo.

Graciosas columnas pintadas de verde y rojo sostienen el techo de este kiosko, rodeado de balaustres de piedra: en lo alto del alero hay acostado un dragón de dos cabezas que parece guardar las inmediaciones con sus amenazadoras fauces. Este animal, que se ve en todas las casas de los chinos, está constituido en guardian y debe apartar de ellas los maleficios: es una añeja superstición en que hoy ya nadie cree; pero se conserva sin embargo como todo aquello que viene de las edades pasadas.

En fin, á cada estremidad de los maderos, que apoyan en las columnas, se ve un grande ojo abierto. En honor de Europa, el artista chino ha pintado estos ojos de un azul cerúleo, color completamente desconocido en el Imperio central.

El número 19 es un pabellón rodeado de gradas de piedra con un peristilo: es la sala de billar y la biblioteca. El *yamun* del primer secretario, que se halla al extremo izquierdo del parque, fuera comple-

tamente de los otros edificios, es en pequeño la repetición del palacio del ministro. Tiene una puerta oval muy curiosa, y un hermoso jardín plantado de volcamerías, camelias y hortensias que vegetando en su país natal, crecen con un vigor y hasta una altura, que asombraría á los jardineros de Europa.

A la izquierda del yamun, que tiene una entrada particular por la calle del *Tun-thiam-mi-thian*, hay dos pabellones donde habita el segundo secretario.

Todas las habitaciones tienen puertas vidrieras con galerías de madera que las hacen comunicar con el bello y espacioso parque de Tsin-Kong-Fu.

Este parque, rodeado de robustas murallas de seis metros de altura, abraza el terreno de una hectárea con una calle de árboles por dos lados, donde no hay construcción ninguna: pinos gigantes, thuyas, cedros negros, acacias y sauces de follaje transparente, forman una gran espesura. Hállanse allí de dis-



Vista de la ciudad de Ma-Tao.

tancia en distancia rocas artificiales y pilas ó balsas de rocalla que se pasan por rústicos puentes de madera; pero por bajo de ellos no corre agua ninguna ni aun hay acueductos para conducirla.

Las flores anuales plantadas en el terreno mismo, son casi desconocidas en Pekin: solamente en tiestos ó grandes cajas, colocadas en los vestíbulos de los aposentos, cultivan los chinos esas maravillas del reino vegetal, tan apreciadas de nuestros horticultores. El viento Noroeste suele soplar con violencia en las llanuras de la Provincia imperial, y arrastra de la Mongolia un polvo amarillo, que contiene partículas mi-

neralógicas, que se adhieren á las flores, demasiado delicadas para sufrir su abrasador contacto. El polvo de Mongolia es una verdadera plaga en Pekin, y cuando las ráfagas insisten semanas enteras sin traer bienhechoras lluvias, los habitantes, las habitaciones, los vegetales, todo parece enharinado. Así el huerto de Tsin-Kong-Fu, no contiene mas que legumbres ordinarias, pues las delicadas exigen abrigo bajo techos de paja ó campanas de cristal.

La maravilla del parque de la legación francesa es el cerrado de los antilopes, especie de cabras muy estimadas por su sabrosa carne (*Huan-yang*).



El puente de Pa-li-Kiao la noche de la batalla.